

México y los vaivenes del imperio. ¿Dónde empieza el *great big Wall*?

Los movimientos centroamericanos hacia el norte no son una cuestión reciente. Ya en las décadas de los 70 y 80 del siglo pasado la región central del continente atravesó por un período especialmente convulso, con varias guerras civiles que se tradujeron en altos niveles de inseguridad ciudadana, persecución política y exclusión social. Los efectos migratorios de esta situación, que ya apuntaban cierta continuidad, sorprendieron (y siguen sorprendiendo) a la sociedad mexicana, qué decir del gobierno mexicano. Las políticas mexicanas en cuestión migratoria no estaban desarrolladas, a lo que se añadía la falta de estructuras sociales para hacer frente de manera eficaz a las demandas de acogida de una población, la centroamericana, proveniente de países, en definición de la ONU, al borde de una crisis humanitaria.

Treinta años después, la preparación de México ha cambiado poco. Esta realidad se ve confrontada con los problemas particulares por los que el país atraviesa: vecino del sur de EEUU, estación de tránsito imprescindible, el narcotráfico, la trata de seres humanos, el tráfico de órganos, los secuestros y la violencia de las mafias, entre otros elementos. Al mismo tiempo, ha de afrontar aquellos que parecen derivarse (todavía no ha habido acción política concreta) de la nueva administración norteamericana: la posible inestabilidad de alianzas comerciales y políticas de seguridad regional. EEUU le demanda la imposición de medios y recursos destinados (entre otros) a detener el flujo centroamericano en territorio nacional mexicano, impidiendo así que crucen la frontera. Como un tamiz, México filtra migrantes a lo largo y ancho de sus 1.960.189 km² de territorio.

Los factores de la estructura social que dominan la realidad mexicana, en sintonía con la política migratoria desplegada a lo largo de la frontera sur, se caracterizan por la aplicación de mecanismos represivos y disuasorios que colocan a los migrantes en una situación de vulnerabilidad extrema. Estas actuaciones contrastan negativamente con los compromisos internacionales asumidos por México en materia de derechos humanos. En este sentido, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos señaló en 2013 que “el fenómeno migratorio ha evidenciado las debilidades de los sistemas jurídico-políticos, las carencias culturales y los prejuicios, las desigualdades estructurales y los retrocesos en el ámbito de la justicia y los Derechos Humanos” (CNDH, 2013).

Mientras tanto, las posibilidades más al norte amenazan con empeorar. La llegada de Trump a la Casa Blanca puede acelerar un proceso, el de las depor-

taciones (*raids*) de mexicanos y centroamericanos en EEUU, que no es nuevo. En la era Bush hubo alrededor de 2.116.690 (según datos del Departamento de Seguridad Nacional) y en la de Obama 2.768.357. Estas deportaciones redundan en uno de los errores del planteamiento político estadounidense: estos migrantes que pretenden llegar por tierra a territorio estadounidense son “asumidos” como migrantes laborales, cuando entre ellos se encuentran casos que coinciden con la definición de migrantes forzosos.

Para hacernos una idea de la magnitud del problema, en EEUU hay registrados 11,3 millones de inmigrantes sin papeles (según datos de DHS y del Centro de Investigaciones Pew) de los cuales Trump ha prometido deportar 11 millones a lo largo de su legislatura.

Las medidas estadounidenses están siendo perfiladas para contener y controlar los movimientos migratorios de Centroamérica.

En este tiempo, la situación y perspectiva mexicana ha cambiado, ya que ahora se ha convertido en una nación receptora de extranjeros solicitantes de asilo y refugio casi sin darse cuenta. Si los migrantes que llegan huyendo de las mafias y buscando alcanzar territorio estadounidense tienen una condición de vulnerabilidad, los menores no acompañados son el eslabón más débil de esta cruel cadena, sufriendo realidades en muchos casos irreversibles.

Con esta difícil coyuntura, el prometido muro de Trump, ya existente, tanto real como figurado, reta a México a dar la cara al sur, por lo menos tanto como mira al norte. México debe recordar y retomar los lazos que tiene con sus hermanos de Centroamérica, y capitanear el desarrollo de una región que tiene mucho que ofrecer al norte, y al mundo. ★

Cecilia Estrada Villaseñor
Observatorio Iberoamericano
sobre Movilidad Humana, Migraciones y Desarrollo.
Instituto Universitario de Estudios sobre
Migraciones de la Universidad Pontificia Comillas.

Como se puede comprobar, abrimos desde este número de VENTANA una nueva sección, Barrio América, obedeciendo al compromiso de tener más presencia latina en las páginas de la revista, presencia que se irá aumentando para dar respuesta a las necesidades presentadas por los lectores latinoamericanos. La responsable de esta sección será Cecilia Estrada Villaseñor, quien, además de los cargos que ostenta, tiene muy a gala ser mexicana. ¡Le damos la más cordial bienvenida!